

## LA CLASE MEDIA

### Reflexiones sobre antropología social.

(Cátedra del Dr. Antonio Oriol Anguera)

*Roberto Mendoza Zepeda\**

La clase media tiene paladar de rico y bolsillo de pobre. Viene al mundo destinada a sufrir.

Tiene sensibilidad para el usufructo. Pero no tiene patrimonio para satisfacer su sensibilidad.

Su sensibilidad no “realizada” se torna insatisfacción. La insatisfacción es el motor que cincela los ideales de perfección social. Primero se dibuja una “aspiración”, y en esta aspiración bracea denodadamente como el náufrago en el océano.

La clase media que cumple su cometido es pura aspiración. Y el que aspira, en cierta forma ya es feliz.

Feliz en el deseo y en la esperanza.

#### *El desheredado*

El que no aspira, en cambio, no desea, ni espera nada. Tiene un solo bálsamo: la resignación en la acción. O la acción en la resignación. Este es el desheredado. El proletario. El hijo de nadie. El Juan sin Tierra.

El que aspira —hombre de clase media— es un inquieto. Activo. Vive sumido en un océano de ideales que le conducen a fabricar un programa de reivindicaciones.

Es un fabricante de expedientes.

El expediente de la libertad, la fraternidad y la igualdad fue fabricado por hombres de la clase media. Los intelectuales del país.

D'Alembert fue un idealista y fabricante de expedientes.

Carlos Marx fue otro fabricante de expedientes. Y era un intelectual refugiado en Londres.

Los literatos —tipo Dostoievski— son los mejores representantes de esta clase media “libertadora”.

Su misión es concretar aspiraciones legítimas.

O lo que es lo mismo, legitimar aspiraciones.

En la clase media vive el intelectual, profesor, escritor, periodista, pintor. Y estos son los que mantienen la llama sagrada.

En la clase media vegeta todo aquel que sabe leer y escribir y tiene aspiración.

Por esto el hombre de la clase media es un rebelde. Aspira siempre a subir.

Si no lo es, en cierta forma ha desertado de su misión “libertadora”.

Los elementos biológicos para justificar su rebeldía casi siempre son los mismos.

#### *Levantar la opresión del oprimido*

Esto no impide, sin embargo, que el oprimido con frecuencia no se ha percatado de que respira mal. El esclavo no siempre se ha enterado de que le falta la libertad. ¡Ah!, pero “ellos” —los de la clase media— son los que deben descubrir su asfixia. Y en cuanto logren que el esclavo despierte al aire libre, la cruzada ya está en marcha.

Tan pronto sentimos que algo nos oprime, se nos hace la vida imposible y acabamos expulsando el yugo como el enfermo se libera del aparato de ortopedia.

El rebaño sigue la doctrina libertadora como las ovejas siguen al pastor.

---

\*Departamento de Farmacología. Sección de Graduados de la Escuela Superior de Medicina del IPN.

### *Cuestión de sensibilidad*

El primero que siente la necesidad de liberarse del yugo no es el más oprimido, es el más sensible. No es el esclavo, puesto que éste vive cloroformizado en su indolencia. Es —sí— el hombre de la clase media que en cierta forma “abre los ojos” al desheredado, el cual, siendo el verdadero oprimido, puede no haberse dado cuenta de su opresión.

Por esto el intelectual, que tiene piel fina y sensible, es el primero en fabricar el ideal de la libertad.

Antes que él, el poeta ya lanzó al aire tañidos espirituales, sonatas plañideras, sonetos de aguda penetración. Otras veces nos brinda novelas que se clavan en el corazón del oprimido.

Unos y otros —intelectuales y poetas— argumentan cada día más y mejor. Y aquí reside el gran mensaje de la clase media. La de “aspirar a comunicar”. Pero para tornar más efectiva su aspiración el poeta se traslada a los fondos más hondos de la sociedad “desheredada”, donde la miseria material y moral circunda y penetra la carne del anonimado. Porque el anonimado es el caldo de cultivo idóneo para la siembra que debe hacer el intelectual, o el poeta, si es sensible a la injusticia humana.

El hombre sensible se sume en este nido de miserias junto con su capacidad de protesta. Pronto percibe que la tosca epidermis del parlurdo de la gleba no se había percatado de la opresión. Pero claro está, para él, para el hombre “con oído fino a la injusticia” la oposición se le clava como un dardo y siente el fuego vivo que le quema la carne. A él le penetra a cuenta del desheredado. Al otro, al hombre elemental, puede suceder que no le haya penetrado su propia miseria ni en el estrato de la humillación.

Puede que la miseria le cerrara el pulmón y no sienta la rebeldía.

Ni la necesidad de “salirse” a respirar aire puro.

Puede aceptarlo como “cosa de Dios”.

¡Ah!, pero una vez que ha “despertado”, si tiene en su mano un expediente de reivindicación social, ya no volverá a sumirse jamás en la infelicidad de la indolencia. Y sentirá la opre-

sión. Y formará (como un autómatas o como todo un hombre) al lado de los otros peregrinos en la cruzada de la libertad.

### *Aspiración y sumisión*

No confundiremos “sumisión” y “acatamiento”.

El hombre sumiso no sufre. Vive la infelicidad de la oveja.

El hombre que acata lo hace a regañadientes. Siente el oprobio de ser servidumbre.

El hombre de la clase media es pura aspiración. Si no encuentra solaz en su propia obra, busca compensaciones ajenas. Y atascado entre las injusticias que le asaltan día a día, forja la idea de un mundo mejor. Idealiza un expediente de emancipación. Fabrica un programa de reivindicación.

Su medio de cultivo es el hombre sumiso a la miseria. Su mejor colaborador es el que vive en servil acatamiento. Y ambos salen disparados a la acción revulsiva. Todas las revoluciones sociales han tenido esta preparación.

En la vida pública se articulan la clase media y la masa como las palancas de un aparato de relojería. Aquella —la clase media— como una minoría selecta que “orienta”; ésta, la masa anonimada, como una mayoría gregaria que “hace eco” a los expedientes de reivindicaciones que le fabricó el hombre de la clase media.

### *El conductor*

Puede suceder, y sucede con frecuencia, que un día salga un “conductor”... extemporáneamente. Sin formación espiritual. Sin conciencia de clase.

Y entonces el verdadero representante de la clase media se queda “sin papel” público.

En la representación social le quitan su papel.

Y sin papel, no tiene razón de ser. No tiene derecho a continuar en el escenario.

Si le centrifugan, hace una de estas dos cosas: incorporarse a la masa entre el rebaño de espectadores, o subir al palco donde se hallan los patricios, eternos privilegiados de la vida social.

Estos no le quieren. Le falta dinero. Los ricos son los propietarios del palco y miran al hombre de la clase media como su enemigo natural.

Tiene la sensibilidad del patricio pero no tiene el dinero para costearla; se humilla y en su desesperación termina ignorando o desafía a la historia.

### *El caudillo y el escenario*

Lo que no cuesta, no vale.

El caudillo en ciernes “regala” un programa de reivindicación. El expediente prefabricado lo pone en marcha. Y al primer grito la masa le sigue ciegamente. Es la voz del dictador prefabricado.

¿Qué hacer?

Licurgo estableció en una de sus leyes lo siguiente: “Hay un solo delito infamante para el ciudadano: que en la lucha en que se deciden los destinos de Esparta el hombre no esté en ninguno de los dos bandos o esté en los dos”.

### *Perfil del apolítico*

Tal vez sería cuestión de aclarar con un poco más de indulgencia la postura del hombre llamado independiente o apolítico. El que no está en ninguno de los dos bandos. Por lo regular se trata de gente desengañada o infeliz. Distingamos el uno del otro: el desengañado lo es porque ha visto muchas cosas, ¡demasiadas cosas! El infeliz lo es porque no ha visto nada. Vive en el Limbo.

El primero cree estar de vuelta, y en su secreto fondo es un desventurado. Es el hombre que viviendo entre las cosas amargas, no supo o no pudo superarse de las amarguras. ¡Le mataron las ilusiones!

Este hombre cree que la política es el arte de conseguir el gobierno, pero nunca sabrá del arte de gobernar.

El tiene sus razones. La amarga realidad le ha enseñado que aquel señor políticastro que se baraja entre periódicos y comentarios callejeros, aquel señor que la gente dice que es “el más político” de todos los políticos, es el que por lo regular logró más número de veces ser

governador, diputado nacional, ministro o senador.

Es verdad que esto no le da patente alguna de político egregio. Todavía más: en tiempo de las politiquerías profesionales esto equivaldría al título más vulgar. El de conquistador de puestos gubernamentales. Sería pues un matrero del poder público.

Pero la verdad verdad, es que el desengañado apolítico ha tenido que soportar una y mil veces a este matrero profesional de la política. ¡De aquí ha surgido su tremendo desengaño!

Claro que con su nueva posición él no gana nada y la patria pierde un voto. En lugar de luchar contra la amarga realidad de los matreros profesionales, el desilusionado se ha encerrado en el pesimismo de lo irreparable.

Y a la vuelta de un tiempo se ha proclamado independiente y apolítico con la más lamentable de las confusiones: la de creer que la política es una profesión inconveniente con la que no debemos contar sin grave peligro de apesarnos.

En cierta forma el apolítico es un hombre que quiere mantenerse puro. Pureza mal entendida porque carga con la responsabilidad más grave de todas: la de la abstención, y con ella pasa a ser un parásito, un hombre que a partir de entonces ya no sirve a los deberes más elementales de la patria.

Debemos explicarle a este desdichado, una y mil veces, esto tan fundamental, que *política* es el arte de gobernar y en manera alguna al artificio para conquistar el gobierno.

### *El “desengañado apolítico” mexicano*

Por fin llegamos a un dolor mexicano que urge delatar con toda energía. Y es tan mexicano este dolor que entre nosotros basta una sola palabra para entendernos, y en cambio no encontramos discurso alguno para hacerlo entender a un europeo.

Decimos: Fulano es un “importa madre” y ya hemos dibujado un perfil público definido. Todos podemos aludir al sujeto desconocido y nos entendemos perfectamente acerca de su conducta y de su calidad moral. Pero si ahora hacemos la prueba de traducir el vocablo en

alemán, en inglés o francés, las cosas son completamente distintas. Para decir lo mismo debemos hacer discursos y rodeos. Al final logramos hacer un distorno moral que difícilmente coincide con el contorno de nuestro “personaje” “me vale madre”.

En Alemania, en tiempos de guerra, se acuñó una frase hecha que se le parece un tanto. Les llamaban a esta gente *destruktiven Kritiker*, es decir, “críticos destructivos” a los que perseguían y fusilaban sin formación de causa. Pero digamos inmediatamente que estos *destruktiven* llevan una carga de traición que no lleva nuestro “me vale madre” y que hay entre los dos una diferencia esencial que no podemos silenciar. El *destruktiven Kritiker* es hombre consciente de su traición, mientras que el mexicano “importa madre” es un irresponsable. En cierta forma no es un traidor puesto que goza de una absoluta inconsciencia. No sabe que puede hacer daño. Y seguramente que se indignaría si alguien intentara aclararle las cáusticas consecuencias de su negativa posición.

### *La fuerza del no*

Veamos tres características morales del “importa madriguera”. La primera condición es su fatuidad. No se trata de un orgullo viril, sino de una vanidad femenina. Es pura complacencia en manifestar la que no tiene. Es una apariencia sin contenido. Pura fachada.

Ahora bien, como no tiene densidad científica, ni saberes propios, ni criterio artístico con suficiente personalidad, entonces acude a media docena de frases hechas que las dispara y repite invariablemente para negar, para destruir, para contrariar.

No se puede confundir el “importa madre” con el resentido. Este acostumbra ser un intelectual atropellado. Y sus razones pueden ser densas. El otro en cambio dispara siempre simples vacuidades. Frases hechas. Por lo regular sabe de memoria los nombres y las fechas de anécdotas políticas triviales, intrascendentes, pero que los suelta con garbo y desconcierta a su auditorio.

Es el negador sistemático. Es un disolvente social.

Hay en la ópera alemana un personaje que se le parece, se llama *Der Verneiner* nombre que se podría traducir como “negativador”, y que en la vida corriente alemana se le conoce por “*niensager*”, es decir el hombre que dice no.

Este hombre-que-dice-no, es un sujeto muy singular. Para destacarse de los demás, critica. Critica siempre.

Para situarse en un plan superior a los demás se muestra incrédulo. No quiere aceptar la humildad del rebaño y niega al pastor.

No acepta la ley mostrenca del Código Civil y niega al Estado.

Y es así que el “*verneiner*” empieza negando la autoridad, el gobierno y acaba negando a Dios.

Su última etapa será, ¡naturalmente!, negarse a sí mismo. En la ópera de Weil, Verneiner termina precipitándose en un cráter ardiente y se sepulta por los siglos de los siglos en la profundidad del volcán.

Es el final que le espera al “me-vale-madre” sistemático. El quedar sepultado en el anonimato. No dejar rastro espiritual de haber vivido.

En ese argumento musical de la ópera alemana se hallan sistematizadas tres condiciones morales del *verneiner*.

1. Su fatuidad.
2. Su poder crítico sistemático (para sostener su fatuidad).
3. Su incapacidad constructiva (puesto que su tiempo lo emplea para destruir).

### *Conducta del “me-vale-madre”*

Como consecuencia de su catadura moral, este “contreras” mexicano se conduce en la vida según su propia crítica disolvente y sistemática. Hay en su conducta un contenido que quisiéramos sistematizar en tres etapas sucesivas:

1. De la incredulidad.
2. Del egoísmo.
3. Del materialismo.

En efecto, rodeado de negaciones, no tiene un lugar donde afirmarse. Al faltarle un punto de apoyo, no cree. No cree nada. No puede creer. Y como consecuencia piensa mal de todo el mundo. Diríamos que es un mal pensado.

Como consecuencia, debe estar constantemente al acecho porque no puede contar jamás con la ayuda del prójimo. Vive solo. Sin coordinación.

Si un día se intentaran sindicarse todos los apolíticos del mundo, cada uno debería ser presidente del sindicato. Pero todos a su vez serían mal-fiados y mal-pensantes de los demás. Y hablarían ininterrumpidamente hasta su propia destrucción.

Como consecuencia de este aislamiento deben vivir en un riguroso egoísmo.

La resultante final será un materialismo soez. Su conducta material y egoísta les incapacita para cualquier gesta de sacrificio, de abnegación o ideal puesto que cualquier ideal presupone un fondo de sacrificio en holocausto de los demás. El ideal siempre es, en cierto modo, altruista.

#### *El materialista, o una catadura moral*

Con frecuencia, para ocultar su ineficacia social, los "me-vale-madre" dicen:

"Que no se les deja actuar".

"Que la oposición está triturada".

O "que no hay medios de trabajo"...

No se han percatado todavía que el gobierno de un país puede ordenar a los cuerpos, pero no a las almas. El alma es mía. Dentro de mis convicciones nadie tiene más potestad que yo. Por tanto, si el apolítico tuviera un fondo real y positivo, si hubiese tenido un resto de espiritualidad, le quedaba una actitud heroica que no supo aprovechar.

Las jeremías que repite día y noche, para convencer a los bobalicones, es que no vale la pena hacer nada. ¿Para qué ir a votar?.

Señor, el que vive en la oposición debe servir a su ideal denodadamente. Su organización debe asentarse sobre afirmaciones, sobre amarguras, sobre dolores, y tener la seguridad que triunfará si sus afirmaciones son densas, positivas y cargadas de espiritualidad. Estar en la oposición es vivir en el sacrificio y en la abnegación. Los cristianos vivían escondidos en las catacumbas y allí se organizaron. Y desde allí derrumbaron a la aristocracia más aguerrida del mundo. ¡La de los césares!

El pretextar de "no nos dejan" organizar es

el más pueril de los alardes. Sería más sincero decir tenemos crisis de valores espirituales. No estamos dispuestos a ningún sacrificio.

Cuando el apolítico dice: "¿Cómo vamos a construir nada en la oposición, ¡si no nos dejan actuar!" Habría que replicarles: "La Constitución no le autoriza a ser apolítico, y sin embargo lo es. Por lo tanto, ¿qué espera para acumular deberes críticos y organizar una oposición?"

No, no; este argumento que aduce no es razón suficiente. Cuando se invoca, tener la seguridad que se hace para mal disimular su falta de vocación. Falta de vocación para encarnar una esforzada cruzada de sacrificios espirituales. Digámoslo sin rodeos: hay crisis de hombres entre nuestras filas de desheredados... de la clase media.

#### *Caminos abiertos de la oposición*

Un expediente como *El capital* tiene más fuerza que un ejército. Y ningún gobierno del mundo puede frenar la inspiración del poeta. ¡Ah!, pero precisa tener sensibilidad para captar el expediente, y calidad para escribirlo.

*El Quijote* tiene más fuerza que veinte caballeros puestos en fila. Y ningún gobierno podrá jamás detener la pluma de Cervantes. Lo mejor de su vida, Cervantes lo escribió en la cárcel.

Pero si no tenemos valor, ni calidad, ni espíritu para escribir páginas inmortales, nos quedan otros caminos. Pero la verdad cruda es que ¡tenemos crisis de hombría!

En tiempos de las catacumbas tampoco surgió ninguna enciclopedia de las espeluncas, ¡ah!, pero había flor de sacrificio. Cada cristiano era un hombre positivo. Tuvieron un héroe que había muerto clavado en la cruz. Y cada uno vivía pendiente de aquel héroe. En pura afirmación. Antes de negar al César, afirmaban a Cristo. Y consumiendo una vida de sacrificios en constante ejemplo de abnegación, un puñado de hombres descalzos impusieron su doctrina al ejército romano, el mejor y más aguerrido del mundo.

¿O es que suponen los apolíticos que el César permitía la organización contra el César?

### *No es cuestión de poder*

No es cuestión de poder, es cuestión de ausencias espirituales. Hay en la oposición crisis de hombres dispuestos al sacrificio. Hay crisis de almas abnegadas. Hay crisis de valores. Y mientras en la oposición no surja el hombre, y a su alrededor un ejército de abnegación franciscana, México vivirá en secreto el dolor de esta crisis moral.

Con un ejército de apolíticos sólo puede conducirse la nave del Estado a la negación. Es la fuerza del *no*. Es el final del "verneiner"... que se lo traga el volcán.

### *La fuerza del no*

Cuando el profesor universitario exhibe el *no*. Cuando el investigador científico exhibe el *no*. Cuando el hombre de la calle exhibe el *no*. Será cuestión de desconfiar.

El negativismo es el trampolín de la inacción. ¿Cómo quieren que trabajemos? *No* hay dinero. ¿Cómo podemos investigar? *No* hay presupuesto. ¿Cómo podemos rendir? *No* nos dan facilidades.

Por lo regular todos los que lucen y exhiben estos argumentos negativos son los apolíticos. Son los que se adhieren al argumento negativo para mejor justificar su ausencia de soleras positivas. Son los que nunca hicieron nada de bueno y ahora pasean triunfalmente el pretexto que cubre su vergüenza negativista. Su vacuidad esencial. Su *no*.

El verdadero investigador sigue laborando en secreto. Siente el dolor de las restricciones, pero sigue trabajando. Acumula una crítica

constructiva para que le den lo indispensable para laborar, pero si no llega, paga de su bolsillo, y si la llama es bastante fuerte mantendrá el fuego del horno, como B. Palissy, quemando los muebles de su propia casa.

### *El apolítico o la fuerza del no*

Negar, destruir, criticar, todo esto es sencillísimo. El apolítico se define por lo que *no* es, de lo que se deduce que *no* es nada. El *no* organiza. *No* tiene tiempo, todo su tiempo y más que tuviera lo gasta en maldecir, o en decir mal que son las dos posturas idóneas del apolítico.

Y cuando esto constituye una condición sustantiva, entonces esto tiene ribetes patológicos.

Pero fuerza es decirlo. El apolítico criticón es eficaz en la destrucción. La fuerza del *no* puede ser tambaleante, enérgica y decisiva.

Nada más fácil que destruir. La abuela se pasa los meses haciendo calceta, y en una hora de descuido el gato le reduce su obra a un embrollo de hilo rizado y sinuoso.

El niño se pasa las horas para construir su molde de arena, y un golpe mal intencionado se lo derrumba en un santiamén.

Y el fuego consume un trigal. Y el agua se lleva los puentes más asentados...todo inesperadamente, repentinamente.

Todavía más. La maldad se organiza sola. Sin capataz, sin dirigente. Frente a un temblor lo primero que hace un gobierno es decretar la ley marcial.

Que cada número de la clase media medite su responsabilidad.